

COFFEA ARÁBIGA:
UN NEOBARROCO CLÍMAX AUTÉNTICO Y CREATIVO

124



Ver, disfrutar y pensar *Coffea arábica* nos coloca ante una abundancia neobarroca a la vez conceptualista y culterana. Con centro en un tema, el café, irradia otros muchos como la esclavitud, pasando por la emigración haitiana a Cuba hasta hechos y circunstancias de los propios días de la realización del documental, en 1966, con los esfuerzos socioeconómicos y, con ello, políticos para extender la siembra de café por toda la isla. Ricamente sugestivo, el toque de su mundo de imágenes no dejará de conmovernos hoy, ya fuese con coincidencias, divergencias o gustos disímiles.

Dijimos «centro en un tema», pero dijimos mal o no bien del todo. Un «motivo inicial» para sentir, pensar,

recopilar y desplegar muchos motivos y temas en sus breves 17 min y 45 s, para configurar un sumario —conceptual y formal— cafetalero: qué es el café, importancia y valor del grano, cómo se arraiga en Cuba, zonas de cultivo, variedades gustosas, procesos de su elaboración y, por supuesto, seres humanos y productos culturales que se le asocian directa e indirectamente, sin ignorar etnias, atuendos, bailes, rostros ni el diverso esplendor de la imagen.

Conceptista, pleno de conceptos históricos, ideológicos, culturales, políticos, sin abjurar de las formas, conceptos y gustos estéticos: una isla, verde caimán cantado por Nicolás Guillén, el poeta; otra isla, con Haití en el extremo cercano, la primera revolución independentista en América y una

emigración hacia Cuba de futuros negros cafetaleros; esclavos rebelados en rescate de una condición humana inalcanzada aún en los días de *Coffea arábica*, con prejuicios residuales en todo el continente y conflictos explosivos en el Norte, luego de las recientes muertes del martiniqueño Frantz Fanon y el norteamericano Malcolm X; los problemas económicos del país-caimán empecinado ese quinquenio en grandes proyectos, unos racionales y otros descabellados, donde figura la magnificación de la cosecha cafetalera; y los productos culturales donde la música afrocubana, la música campesina y también el más norteño pero consanguíneo *jazz* resaltan como raíces y zumos, y arquitectura y plástica no dejan de hacer rejuego a toda esta historia.

Culterano pero, como buen culteranismo, esplendor formal nada renuente a lo conceptual, que hace de *Coffea arábica* una de las obras más ricas y disfrutables en formas —válidas por sí mismas, también muy funcionales— entre todas las dadas en el cine cubano, y no solo cubano: desde el poema y otras voces en *off*, incluyendo las voces alteradas que no rehúyen lo grotesco, con una considerable elisión del diálogo hablado a favor de los nítidos y expresivos sonidos ambientales y la música de jazz, conga afro y rumba guajira, entre otros compases, pasando por los altos contrastes y las imágenes congeladas hasta el conceptual y plástico uso de carteles y... aun la calculada y artística pantalla en negro.

Digno heredero de las *nuevas olas*, del nuevo documentalismo desarrollado sobre todo desde fines de la década del 1950 y aun de cierto cine mal, muy mal llamado «experimental» —ya que, como todo arte genuino, lo que nos deja ver es su vocación de aportes formales e innovaciones y riquezas generales—, Guillén Landrián resulta hijo y a la vez gestor de un nuevo cine que, bien visto hoy, no queda solo enraizado en lo que fue llamado *nuevo cine latinoamericano*, sino en una trascendencia hasta el nuevo cine actual.

Vale la pena, por eso mismo, subrayar un tanto algunos de esos rasgos y recursos que hemos apenas referido.

En principio, la total elisión del diálogo hablado a favor de una integridad audiovisual más compleja, que potencia los sonidos ambientales, la musicalización y, sí, también voces humanas pero reducidas a la conformación de las atmósferas, a sonidos ambientales, todos ellos expresivos, atractivos en su propia sonoridad, pero siempre sin abandono de su integración a la audiovisualidad fílmica.

Nada adicto al plano-secuencia dilatado, valioso y muy en boga en la época, Guillén Landrián se vale mucho y bien del uso de *secuencias cortas encadenadas* que a menudo culminan en imágenes congeladas como foto fija; y *Coffea arábica* irradia una dinámica conceptual-sensorial intensa y nunca mal concebida, como revelan los congelamientos al final de secuencias, así como las sucesiones de «foto fija», esas que alcanzan un clímax artístico en obras como *La Jetée* (1962) de Chris Marker y *Now!* (1965) de Santiago

125

CUBANO

DE CINE

AÑOS

50

Álvarez, integrando la fuerza de lo visual y su supuesto estatismo a una dinámica conceptual, audiovisual y espiritual.

Y, sorpresa de hoy, he ahí sus *pantallas en negro*, expresivas, nunca la simple transición, sino el lapso de la vista que cede toda su jerarquía al oído en la unidad oído-vista, o sea, audiovisual. Guillén Landrián toma conciencia, y nos la hace tomar, de que la unidad fílmica no es el plano visual sino la secuencia, que es visual-conceptual cuando no visual-sonora. He ahí el abundante y creativo rejuego con los letreros. La secuencia en negro con voces en off o sonidos ambientales, ocupa en una ocasión ocho segundos —mientras un locutor de Radio Baracoa identifica la emisora—, para dar paso a un cartel («Maisí dice presente/ 40 días permanentes/ en la invasión del café»), y, en una segunda ocasión, durante once segundos, con el Himno de los milicianos en la banda sonora.

Pudiéramos desplegarlos mucho sobre la maestría fílmica de *Coffea arábica*, y no quedaría fuera cierto uso de imágenes y el manejo de carteles en rejuego con el cine de los primeros tiempos, tan en boga hoy; asimismo las imágenes contrastadas y superpuestas, o la presencia de elementos grotescos en un discurso épico.

Sí, *Coffea arábica* es el documental más rico y logrado de Guillén Landrián; incluso más que los últimos —*Taller Claudio A. Camejo Línea y 18* (1971), *Nosotros en el Cuyaguateteje* (1972) o *Un reportaje sobre el puerto pesquero* (1972)—, apocados por un tradicionalismo propagandista. Pero, sin duda, junto a él, en su cúspide, he ahí *Ociel del Toa*, excelencia realizada antes, en 1965, y *Desde La Habana 1969, recordar* concluido luego en 1971, como especie de trío mayor que suma y sintetiza la múltiple riqueza heredera del simbolismo, el expresionismo y el surrealismo, entre otras corrientes, estilos y espíritus, la diversa riqueza de un realizador que sabe jugar también con los múltiples recursos de lo que de manera impropia se ha dado en llamar «cine experimental» y es, como todo arte genuino, *búsqueda creativa*.

Coffea arábica descuella, mas no como una sola obra excepcional en una trayectoria fílmica lamentablemente breve, sino como clímax entre varias muy valiosas de un estilo *neobarroco*, concepto muchísimo más rico, significativo y, sin duda, apropiado a Guillén Landrián y a lo nuestro (y no solo a lo nuestro) que el de *posmoderno* o *neovanguardia*, entre otros.